

Eliseo Altunaga

Silvia Valero

Universidad de Cartagena



ACCESO  ABIERTO

Editora: Silvia Valero. Universidad de Cartagena-Colombia.

Copyright: © 2022. Valero, Silvia. Documento de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la licencia <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/> la cual permite el uso sin restricciones, distribución y reproducción en cualquier medio, siempre y cuando que el original, el autor y la fuente sean acreditados.

 Editorial
Universitaria
de Cartagena

Camagüey vio nacer en 1941 a Eliseo Altunaga. Narrador y poeta, guionista de cine, profesor en San Antonio de los Baños, fue el primer escritor a partir de los años '90 que se atrevió a una mirada crítica en su narrativa con respecto a la situación del negro cubano en el presente y el pasado reciente, al mismo tiempo que incluía la perspectiva sagrada de las religiones afrocubanas en sus textos como material protagónico. Lo hizo a través de novelas como *A medianoche llegan los muertos* (1998), *En la prisión de los sueños* (2003), *Las negras brujas no vuelan* (2005), *Lágrimas negras* (2017), aunque ya había incursionado en los ochenta con el libro de cuentos *Todos mezclados* (1984) y la novela, profundamente caribeña, *Canto de gemido* (1988).

La poética narrativa de Eliseo es inconfundible. Los relatos van y vienen por distintos tiempos históricos mientras los personajes y sus vidas se entrecruzan en todos los niveles narrativos, con el fin de que también lo formal de los textos dé cuenta de ideas recurrentes: la multidimensionalidad de las experiencias; la dificultad de pensar linealmente la historia; las posibilidades plurisémicas de la representación. Porque si hay un tema que le preocupa a Altunaga, manifestado tanto en sus novelas como en algunos ensayos cortos, es el de la representación del negro en el discurso histórico y el arte cubanos.

El capítulo de su novela inédita, *Malvada que soy*, que generosamente nos entrega para este número de *PerspectivasAfro*, vuelve a la mezcla de voces narrativas, de personajes que saltan de una novela a otra; ingresa al mundo de los orishas pero también al del panteón griego; regresa a la erotización de sus personajes femeninos, a la violencia racista, simbolizada y no; al relato de la Cuba actual y el pasado cercano.

Fragmento de la novela inédita *Malvada que soy*, de Eliseo Altunaga

CAPITULO NUEVE

Me cuesta abrir los ojos, despierto desnuda. A mi derecha se extiende la noche elemental y un poco más abajo el mar. ¿Habrá estrellas o estará nublado? ¿Habrá luna sobre las aguas? Escucho sonidos de automóviles. Quizás sueño o es el recuerdo de un sueño, trama matriz de instantes, lunas, mares, pájaros, desvelos, estatuas, Piscis, Yemaya, el Prado de la Habana, Marina y Catalina Lasa. Poco a poco, la penumbra se disipa y dejo de intentar ver el cielo, a mi lado descubro a una jabá de pelo amarillo casi blanco, parece hija de rusos, una jabá bola, desnuda, le penden del cuello varios collares de cuentas rojas y negras combinadas con blancas que le ocultan casi todo el pecho. Y un collar blanco en la cintura. Se lo quita y lo coloca en una güira seca. Te miraba cabecear, dormías como una niña, me sonrío y deja ver dientes pequeños, parejos y sus labios gruesos y sensuales. Tengo los ojos abiertos y estoy dormida. Seguramente estoy... Siento las manos tibias. Me recorren despacio y sinuosa como una culebra. Me quedo quieta. ¿Quién eres? Me acaricia. Qué importa, me responde. A pesar de mí misma me dejo hacer. Siento mi cuerpo ligeramente agotado, la vagina empapada y pesada. Desnuda, en un balcón frente al mar. Cautiva de una desconocida de manos mansas y tibias. En silencio hago un ligero gesto de rechazo. Estoy loca. Me resisto brevemente. Pero, me aprieta. Tengo que levantarme, pero no quiero. Aquí y ahora, me ordena. Los brazos tercos me persuaden. Mansamente, cómodamente, me dejo hacer. Me coloca las piernas en la posición del loto. Me lame como un animal sediento. Y como nunca antes, frágil, me dejo dominar. ¿Será sana? Quiero hablar pero sale un gemido. Quiero gritar pero me sale espuma. Me levanta las rodillas hasta los hombros y me penetra con un juguete como una serpiente eléctrica. Y me cruza las piernas. Me sujeta con fuerza. Muévete, ordena. Contraigo la vagina y me derramo. Y quiero llorar sin lágrimas. De rabia, por puta, por tonta, por loca. Pero no puedo evitarlo, me gusta.

Ahora, despierta, sigo sobre la colchoneta, en el piso de losas blancas. A mi lado ella, obscena, duerme boca arriba con el enmarañado pubis amarillo al aire. Quiero escabullirme de esta historia. Tengo un poco de recelo aunque ahora parece inofensiva. Percibo ruidos de carros afuera, sobre la insistente música del oleaje. Me deslizo. Miro a través del balcón. Salen de la boca del túnel y entran al malecón muy rápido. Voy al baño desnuda. Orino mucho. El rollo de papel sanitario se me cae en el agua amarilla de la taza. Me echo agua del lavamanos y me seco los muslos con una toalla. Ella hace un ruido y gira y vuelvo a temer. Agarro el blúmer y me seco. Sigue pesado. Busco mis gastadas zapatillas y solo encuentro una. Descubro mi licra sobre el piso. Me la pongo. La saya, el sostén y la blusa. Guardo el blúmer húmedo en la cartera y calzada de un solo pie me desplazo lenta hacia la puerta. Logro abrir y salgo. Advierto un murmullo en alguna parte. Asustada, no monto en el ascensor, bajo muy rápido las infinitas escaleras de seis pisos y llego a la calle en penumbras. Atrás, el iluminado malecón ruge con el ruido de los carros. Avanzo con torpeza hacia la calle Línea para salir de la vía oscura. Con la pierna descalza, doy un traspies y caigo al mojado césped al lado de la acera. No me puedo levantar; me arde mucho el pie derecho. Estoy nerviosa. Al rato aparece un carro. A esta hora puede ser cualquier cosa. Me pueden violar. Respiro tranquila, es una patrulla de la policía. Sale un joven, blanco, delgado. Camina despacio hacia mí. Llega, le sonrío pero no me hace caso. Me pregunta si soy "palestina". Al parecer me confunde con una inmigrante del oriente del país.

–Me viré el pie en un hueco de la acera. No me hace caso. Mira su reloj. Pide el carnet de identidad. Desde el piso tomo la cartera que él ilumina con una linterna. Abro la cartera y se asoma el blúmer pastoso, casi sale y cae al césped. Miro al joven policía que me detalla y sonrío discreto. Busco el carnet de identidad, medito un instante, puedo tener dificultades si cree que soy de las provincias orientales o peor me puede confundir con una jinetera, de esas que andan con extranjeros, mejor le doy el carnet de afiliada a la Unión de Escritores. Se lo entrego. El joven parece dudar un instante. Lee el documento.

--Artista, ¿no? – sonrío ligeramente. Ahora más segura, le sostengo la mirada. Vuelve hacia al patrullero. Agarra un micrófono de un pequeño equipo de radio. Posiblemente, va a consultar por la planta pero el otro policía, un mulato mayor, mira aburrido la identificación y le afirma que no hace falta. Y se dirige hacia donde estoy.

--¿Te puedes levantar? Me pregunta amable y paternal. Tal vez tiene una hija como yo. Niego con la cabeza. Le ordena al joven que me instale en el asiento trasero del carro. Le falta una zapatilla, advierte el joven. Salen a buscarla con la linterna y no la encuentran. Yo no explico nada. Ayudada por ellos y con dificultad me acomodo. Me llevan al hospital.

Estoy en una camilla. Escucho un pequeño barullo. Alguien se queja. Los policías cerca, esperan. Es tarde, quizás las tres de la madrugada. El salón huele a medicamentos. Entra con paso firme un médico alto, negro. Tiene una bata blanca hasta las rodillas. Me saluda. No es cubano. Debe ser africano. Qué lata. Me pide que me siente sobre la camilla. Obedezco. Con movimientos refinados, abre sobre la mesa cercana una cartera de piel. Saca el estetoscopio y una pequeña linterna niquelada. Se acerca nuevamente. Me mira a la cara. Está muy cerca de mí. Creo reconocer el perfume, es un agua de tocador, quizás Antonio Banderas. Me ilumina con una linterna, una a una, las pupilas. Le observo la muñeca que aún me apunta. Abre la boca, ordena. Trae un rolex blanco. No le hago caso. Por favor... insiste sin alzar la voz, abre. Siento la boca reseca y la abro. El negro, imperturbable enciende de nuevo la luz de la linterna. La apaga y me mira. “Si quieres que te ayude dime ¿qué ingeriste?”. Insegura miro a los policías que observan alejados. El ruido del hospital no deja que escuchen nuestra conversación. Creo que una pastilla pero no sé de qué, me caí, me doblé el pie mecánicamente. ¿Te lastimaron? ¿Abusaron? Me da ternura. Él se dirige a los dos agentes. Todo está bien, y sin yo esperarlo, corre la verde cortina que divide los espacios. Le sonrío con ligera coquetería. Quedamos solos, yo, él, la camilla y la pequeña mesita metálica donde reposa la cartera de brillante piel. Debajo de la gaveta, en un espacio aparte han colocado mi bulto. Ahora el negro es mío. Solo tengo que enseñarle los dientes. Me ordena que me quite la malla de licra. Tengo un ligero sobresalto. Miro el bolso, la saya muy corta, no traigo algo debajo. Ligeramente confundida por un instante lo miro. Sonrío. Me repongo. Lo voy a complacer y se va a asombrar al verme el culo. Despacio me voy quitando la malla, quedo con el rasurado pubis al aire. Indiferente, se coloca unos guantes blancos, me hace un gesto para que me acueste. Es un conocedor. Con un paño verde me cubre el pubis y llama a una enfermera. No lo esperaba, lo observo, sonrío ahora con aprecio, pero, impasible, me sostiene la mirada. No puede ser que ese negro no me mire como todos los machos negros que lo han visto. No parece maricón. Llega la enfermera. Auscúltela, por favor, pide en perfecto español. Entran varios alumnos. Algunos le hablan en francés. Evidentemente es un profesor extranjero. Les indica que me revisen el pie dañado. Le agradezco, con la mirada, el paño verde.

Por fin en casa. Me han ordenado veintiséis días de reposo. Reviso el texto y respiro. Con mi madre y la gata encerrada casi un mes será un martirio. La única solución es concentrarme en la novela.

MADAME

Llegas a la casa de Madame llena de dudas. Hoy el vendedor de flores te habló de Oshun como virgen taina y le preguntas si es cierto. Oshun, repite Madame. Ya una vez te hablé de ella y el séptimo Arcano y los ríos y el amor. Sí, le respondes pero nada de taina. Son cosas de las Islas, son circulares. No te entiendo, le aclaras. Alguna vez tuve un amante escritor que le gustaba el Caribe y escribió un libro sobre la circularidad de las Islas. Según su tesis me afirmó que la patrona de Cuba, la Virgen de la Caridad del Cobre, la trajo un capitán español Francisco Sánchez de Moya, en el siglo XVI, al recibir del rey el nombramiento y la orden de trasladarse a Cuba para hacer fundiciones de cobre. Por temor a la travesía, se protegió con la imagen de Nuestra Señora de Illescas, de la cual era devoto, para que lo guardara de tormentas y desastres. Ya en la Isla la colocó en el altar de la solitaria ermita de Santiago del Prado, apenas un poblado de indios y negros que trabajaban las minas de cobre. Pero esa imagen, la de la Virgen de Illescas surgió en Bizancio, donde entre herejías y paganismos surgió el culto a la Virgen María, culto no previsto por los Doctores de la Iglesia Romana. Allí, en Bizancio, entre el esplendor de sus íconos y mosaicos, la representación de la Virgen y el Niño se introdujo secretamente en Europa. Y por qué la Iglesia Católica lo permitió, le preguntas. Hija, era el siglo XII, época de los trovadores y del fin amour, la mujer dejaba de ser la lujuriosa y pecadora Eva, tentadora de Adán, y seguidora de la Serpiente, para lavarse, perfumarse y vestirse suntuosamente según el rango de su nuevo aspecto, el de Señora. Entonces el culto de Nuestra Señora corrió como el fuego por la pólvora, y un buen día llegó a Illescas, a unas millas de Toledo. En Cuba, los caciques de Cueiba y de Macaca que debían adorarla, fascinados al descubrir su color de bronce, la reconocieron de inmediato como la Madre del Ser Supremo, la sola progenitora de Yúcahu Bagua Maórocoti, que ahora resultaba, además, la madre del dios de aquellos hombres cara pálida a quienes protegía de muertes, enfermedades y heridas. Ave María, decían en alta voz los negros esclavos de las minas de cobre de Santiago del Prado, y a continuación, en un susurro, sin que ningún blanco los escuchara, dirían: «Ochún Yeyé.» Ochún Yeyé Moró, la prostituta perfumada; Ochún Kayode, la alegre bailadora; Ochún Aña, la que ama los tambores; Ochún Akuara, la que prepara filtros de amor; Ochún Edé, la dama elegante; Ochún Fumiké, la que concede hijos a mujeres secas; Ochún Funké, la que lo sabe todo; Ochún Kolé-Kolé, la temible hechicera. Madame ríe a carcajadas ante tu asombro. Pero tú quieres seguir escuchando de Oshun.

No dejo de pensar en el amanecer en el apartamento. El recuerdo llega solo, aunque no lo quieras. Una de las jabas bolas, mestizas de rusa y negro que poblaron la isla al regreso de los estudiantes cubanos en la antigua Unión Soviética entre los años sesentas y noventas del siglo pasado cuando miles de cubanos fueron a estudiar a la antigua URSS. El Viejo me dijo que las mujeres rusas se casaron principalmente con cubanos mulatos y negros. Sus hijos son denominados bolos-jabaos por tener cabellos rizados, ojos claros, piel mestiza y un apellido eslavo. Pero otros aseguran que hubo matrimonios de todos los colores pero los racistas solo se fijaban cuando eran negros los maridos. Y que las cubanas no se casaban con rusos porque ellos no tenían permiso para emigrar y la vida en la URSS era muy dura. Recuerdo sobre todo los collares que tenía al cuello. Busco en la agenda el celular de Vladimir Johnes Gómez, Babalawo Otrupon Ogunda Odun de Ifá, carnicero que me dio su tarjeta en B y diecinueve. Le consulto. Le explico cómo era el collar Escucho que se ríe entre el trajín del agro. Me aclara que los collares son de Eshu. ¿Te estás consultando con alguien de la religión? Me da gracia. Y no le explico. Qué puedo decirle. Una mulata santera. Una jabá rusa cubana, santera, seductora, y una mulata posesiva que se hace la audaz se va a un bar y por hacerse la dura despierta en un apartamento que no conoce. Quizás es un acto

irracional para llenar una carencia o un deseo. Tal vez todo lo he urdido yo misma y funcione como me dijo el Viejo el día que me llevó a un restaurant cerca del mar. Los isleños se inventan a sí mismos.

Cojeo y con esfuerzo reviso la biblioteca para buscar referencias. La literatura latinoamericana también se permite la licencia de hacer una mirada banal del tema ya sean de derecha o izquierda, da lo mismo. Vargas Llosa en sus novelas *La casa verde* con la Selvática. Un prostíbulo fundado por don Anselmo, un extraño forastero que aparece en el pueblo peruano de Piura y que, una vez instalado allí, poco a poco, es uno de los hombres más poderoso y más ricos del lugar. Con la historia de Bonifacia, una indígena aguaruna que cuando era muy pequeña es arrancada de su poblado, junto con otras niñas, con destino a la misión de Santa María De Nieva, situada en la selva amazónica. Educadas en el cristianismo y dejar así de ser unas "paganitas". Que será nombrada por los habitantes de Piura como una de las prostitutas más famosas de "La Casa Verde" y Pantaleón y las visitadoras con la Colombiana con el militar Pantaleón Pantoja, y su equipo de "visitadoras", prostitutas al servicio del ejército. Me río mientras miro mi colección. Nunca le habías prestado atención a esos detalles. Ahí tienes a José María Arguedas que tanto admiras. Recuerdo que en el cuento *El Zorro de arriba y el Zorro de abajo*, Asto, indio recién llegado a Chimbote, se jacta de su dinero ante la prostituta La Argentina en un castellano local: «Tú, puta, blancota, huivona. Ahistá, carajo. Toma, carajo. Doscientos soles nada para mí. Puta, putaza». Es el caso también de Orfa y Paula Melchora, prostitutas, o chuchumecas; la primera, madre de un niño forastero y la segunda, embarazada por Tinoco, el dueño del prostíbulo, que prostituye a su mujer Gerania y a su hermana Petronila. No quieres seguir la lista aunque miras con ironía *Memoria de mis putas tristes*, de García Márquez y recuerdas a y le sigue en el librero *Juntacadáveres* de Onetti... bueno basta ya, parezco una feminista extrema. Está mal dudar de la literatura del patio, puede parecer envidia, pero no se puede negar que para joder a la mujer ninguna ideología se queda atrás. Descubro algo mejor. Una fotocopia de unos folletos sobre textos ocultos. Lo hojeo. María Magdalena reseñada por San Lucas como sanada por Jesús de sus demonios perversos. Vale la pena que los reseñes, dudas.

Son dos de los textos gnósticos coptos, encontrados en Nag Hammadi. En el evangelio de Tomás y el Evangelio de Felipe, María Magdalena aparece mencionada como discípula cercana de Jesús, en una relación tan cercana como la de los apóstoles. La segunda mención forma parte de un pasaje enigmático que ha sido objeto de muy variadas interpretaciones: Sta. María Magdalena de Malambo, Simón Pedro les dijo: «¡Que se aleje Mariham de nosotros!, pues las mujeres no son dignas de la vida». Dijo Jesús: «Mira, yo me encargaré de hacerla macho, de manera que también ella se convierta en un espíritu viviente, idéntico a vosotros los hombres: pues toda mujer que se haga varón, entrará en el reino del cielo». De puta a santa solo hay un paso. Quizás soy dogmática como el manual con los que estudié marxismo leninismo. Tal vez los años veinte fueron distintos.

MARINA

Marina escucha tranquila mientras Korbel le ajustaba una túnica húmeda que se le adhería a la piel en los senos. Le confiesa que ha realizado vestales, ninfas, bacantes motivos del mundo grecorromano: Diana cazadora, Venus... hasta una Tanagra que se colocó en la Quinta Avenida Nueva York. Pero nunca había hecho una estatua de la diosa de la sabiduría, la egregia Palas Atenea, o Minerva, como elige llamarla.

Marina se pregunta por qué sigo con este escultor, ¿qué le ve? En realidad a Marina le llamó la atención cuando un año atrás, junto a Momi, visitó el Salón de Pintores y vio Otoño, la figurilla de una adolescente

aguadora. La pieza le llamó la atención y Momi, le explicó el escultor, la hizo para coronar una fuente en la finca El Chico, propiedad del presidente de la República.

Korbel habla de París, donde completó los estudios iniciados en las academias de bellas artes de Berlín y Múnich; y allí su hechizo por la escultura griega de la antigüedad por el equilibrio y la armonía. Por primera vez le confiesa que él también ha sido discriminado desde la época en que vivía en el pueblecito checo de Osek y todavía su nombre era Mario Josef Korbel y no Joseph, entonces era un niño judío. Su padre era pietista, movimiento protestante de reacción evangélica contra el intelectualismo y el formalismo de las iglesias luterana y calvinista. Enemigo furioso del arte lo humillaba y gracias al apoyo de su madre pudo viajar a Nueva York con dieciocho años. Tampoco importaba mucho, en mil novecientos nueve abrió su propio estudio en Chicago.

Por primera vez le contó la idea: modelar la Minerva para la casa de altos estudios fundada por la Orden Dominicana de La Habana con sede en el Convento de San Juan de Letrán, Real y Pontificia Universidad de San Gerónimo de La Habana y que con la intervención norteamericana se había trasladado hacia El Vedado, a un sitio conocido como Loma de la Pirotecnia o Colina de Aróstegui, donde tenía la actual sede que acogería su obra.

Nunca había representado a la diosa de la sabiduría, la excelsa Palas Atenea, o Minerva, como él prefería llamarla para hacerla más humana. "Tú serás mi Minerva" dijo. "El Alma Mater de Columbia tiene la expresión severa; la de La Habana, que en vez de los ojos azules de la diosa helénica, tendrá los ojos zafiros estrella como los Chantaburi, pero estos serán del mar Caribe, una criolla halagadora que recibirá a todos con los brazos abiertos.

Marina, incrédula, se echó a reír. Eso, en un país racista como Cuba es imposible, le dijo molesta y se quitó el paño húmedo. Le parece absurdo y ridículo estar con este pobre diletante. No le ha contado de su vida en Montparnasse a donde los artistas se trasladaron en masa, pintores y poetas, pobres pero llenos de locura y sueños sin importar que fueran españoles, rusos o italiano. En medio de la miseria era enorme el orgullo artístico del italiano para el que tantas veces posó desnuda y vio romper el cuadro luego de hecho más de una vez. Ahora se muere de nostalgia por el italiano que la amaba como si fuese una obra de arte africana y la pintaba en medio de alcohol y drogas y luego le lloraba de ira por no poder completarla como la imaginaba. En París escuchó que a los judíos los nacionalista los acusan de generadores del comunismo, los comunistas de crear el capitalismo, si viven en países en conflicto los castigan por doble lealtades y en los países árabes de racistas. Si gastan su dinero los tachan de ostentosos y si no lo gastan de avaros. Se les acusa de sin patria o de chauvinistas. Y aprendió ahí de dos tipos distintos de hombres y mujeres ante la discriminación: los subalternos y los orgullosos, como Korbel y el italiano.

Me duele el pie. Me jode estar inválida. Tengo fijo en la mente el falo del médico negro. Cuando viajé a Brasil vi en la televisión por cable un porno donde tres negros con unos falos descomunales hacían el amor con una rubia. Me dio cierta envidia, algo de morbo. Tal vez no me cabe en la cabeza que un negro macho fuera indiferente a mi pubis y menos a los labios de mi vulva. Hago fantasías, imagino cosas. Estoy usando el estereotipo del negro y la mulata y el mito del falo. Pero mi madre siempre me aconsejó que los negros solo en la televisión. La entiendo. Es una vieja historia que se renueva. Ser la manceba del amo o de su hijo, o de un mayoral o de un blanco cualquiera daba categoría y vida mejor; para la esclava era un modo de ir hacia la emancipación, para la negra horra un gran ascenso y para la mulata libre era, además, una manera de blanquearse. ¿Será la edad o la generación lo que me hace menos selectiva?

Tengo que dejar de pensar en eso y focalizarme en mi trabajo. No puedo dejar de escribir la novela. Ya casi no me queda de la plata. Vuelvo al teclado, me persiguen tres falos oscuros erectos en la imaginación. No escribo. Cierro la lapto. Me levanto de la silla. Me voy a masturbar.